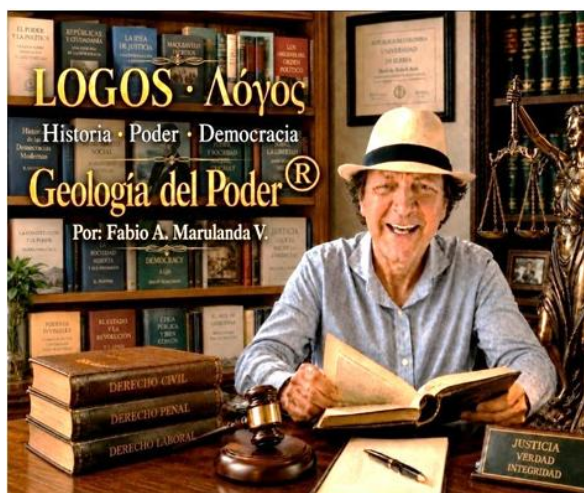




LA CEREMONIA DEL DESCONCIERTO

**Notas para comprender cuando un
gobierno comienza a confundirse con el
Estado.**

Por Fabio A. Marulanda V.***

*«Toda noticia tiene una historia. Toda
historia tiene una Geología del Poder®».*

I. LA CEREMONIA DEL DESCONCIERTO

Toda época termina construyendo su propio
lenguaje. Hay siglos que se recuerdan por las



grandes palabras que incorporaron a la historia política: revolución, independencia, ciudadanía, democracia o derechos humanos. Otras épocas, en cambio, parecen incapaces de producir conceptos duraderos y terminan refugiándose en un vocabulario dominado por la incertidumbre. Colombia atraviesa hoy uno de esos momentos. Resulta difícil abrir un periódico, escuchar una sesión del Congreso o recorrer las redes sociales sin tropezar con expresiones como crisis, improvisación, confrontación, ruptura o caos. Las palabras se repiten con tal insistencia que han dejado de describir la realidad para convertirse en parte de ella.

Sin embargo, el verdadero problema no reside en el lenguaje. Las sociedades siempre exageran cuando intentan narrar el presente. Lo verdaderamente inquietante aparece cuando el desconcierto deja de ser una percepción ciudadana y comienza a instalarse en el funcionamiento cotidiano de las instituciones. En ese instante ya no asistimos únicamente a un debate político particularmente intenso. Asistimos a un fenómeno más profundo: el Estado empieza a transmitir la impresión de haber perdido la serenidad con la que debería ejercer el poder. La incertidumbre deja entonces de ser una emoción colectiva para convertirse en un método involuntario de gobierno.

Toda transición política introduce inevitablemente una dosis de desorden. Ningún cambio de administración ocurre sin tensiones, rectificaciones o conflictos entre quienes abandonan el poder y quienes llegan a ejercerlo. La historia está llena de episodios semejantes. Pero también enseña que las democracias sólidas consiguen atravesar esas turbulencias porque las instituciones conservan una cualidad esencial: permanecen relativamente indiferentes a los temperamentos de los gobernantes. Los gobiernos cambian; el Estado continúa.

Cuando esa diferencia comienza a desdibujarse, la discusión deja de pertenecer exclusivamente a la coyuntura y se convierte en un problema histórico.

Quizá por esa razón el debate colombiano no pueda reducirse a la simpatía o al rechazo que despierta un determinado proyecto político. Hacerlo equivaldría a observar únicamente la espuma mientras se ignoran las corrientes profundas que mueven el océano. Las controversias de las últimas semanas —las confrontaciones entre poderes públicos, las rectificaciones permanentes, la incertidumbre administrativa y la sensación de que cada decisión inaugura un conflicto distinto— constituyen síntomas visibles de una pregunta mucho más antigua: ¿qué ocurre cuando el ejercicio del poder comienza a sustituir la lógica de las instituciones por la lógica de la permanente excepción? Esa pregunta, más que política, pertenece al territorio de la filosofía y de la historia.

No deja de resultar irónico que una época obsesionada con el cambio termine descubriendo que las sociedades no se desestabilizan únicamente cuando todo permanece inmóvil. También pueden perder el equilibrio cuando todo cambia al mismo tiempo y ninguna decisión alcanza a consolidarse antes de ser reemplazada por la siguiente. Gobernar no consiste solamente en transformar la realidad; consiste también en ofrecer un horizonte de previsibilidad que permita a los ciudadanos comprender hacia dónde se dirige el Estado. Cuando ese horizonte desaparece, la incertidumbre deja de ser una circunstancia pasajera para convertirse en la atmósfera dentro de la cual comienza a respirarse la vida pública.

Es precisamente en ese punto donde este ensayo propone detenerse. No para juzgar a un gobierno ni para absolver a sus

contradictores, sino para examinar un fenómeno que trasciende a unos y otros: la manera en que el poder, cuando pierde la estabilidad de sus propios referentes, puede transformar la política en una sucesión de episodios desconectados, de anuncios que sustituyen a las decisiones y de controversias que terminan ocupando el lugar reservado a las instituciones. Comprender ese proceso exige apartarse por un momento del ruido cotidiano y mirar el presente con la paciencia del historiador, porque hay ocasiones en que la actualidad sólo comienza a entenderse cuando deja de observarse como noticia y empieza a leerse como historia.

II. CUANDO GOBERNAR SE CONVIERTE EN ADMINISTRAR



EL SOBRESALTO

Las democracias contemporáneas han descubierto una paradoja que habría resultado incomprensible para los antiguos tratadistas del Estado. Durante siglos se creyó que gobernar significaba reducir la

incertidumbre, ofrecer estabilidad y construir instituciones capaces de sobrevivir a quienes las dirijan. Hoy, por el contrario, parece abrirse paso una forma distinta de ejercer el poder: aquella que encuentra en el acontecimiento permanente su principal fuente de legitimidad. El gobierno deja entonces de ser evaluado por la solidez de sus decisiones y comienza a medirse por su capacidad para producir noticias.

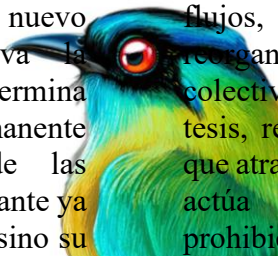
No se trata de un fenómeno exclusivamente colombiano. Vivimos en una época donde la política compite diariamente con los algoritmos, las tendencias digitales y la velocidad de las redes sociales. En semejante escenario, el silencio administrativo parece confundirse con inactividad y la prudencia institucional con debilidad. La consecuencia es previsible: cada jornada exige un nuevo anuncio, una nueva controversia, un nuevo enfrentamiento que mantenga viva la atención pública. El gobierno termina atrapado en una lógica de permanente actualización, semejante a la de las plataformas digitales, donde lo importante ya no es la profundidad de una decisión sino su capacidad para desplazar la noticia del día anterior.

Ese desplazamiento modifica silenciosamente la naturaleza misma del poder. Las instituciones fueron concebidas para producir continuidad; el espectáculo político, en cambio, necesita producir sorpresa. Mientras las primeras descansan sobre procedimientos relativamente estables, el segundo vive de la excepción constante. Cuando ambas lógicas comienzan a confundirse, el Estado deja de aparecer como una estructura previsible y empieza a comportarse como una sucesión de episodios cuya única conexión consiste en reemplazarse mutuamente. La política deja de ofrecer dirección y comienza a administrar sobresaltos.

Quizá por eso muchas de las discusiones recientes producen una curiosa sensación de agotamiento colectivo. No porque falten acontecimientos, sino porque sobran. Cada controversia apenas alcanza a instalarse en el debate público cuando otra ocupa inmediatamente su lugar, desplazándola sin permitir que ninguna llegue realmente a resolverse. La vida institucional comienza entonces a parecerse menos a una deliberación republicana que a un escenario donde cada acto interrumpe al anterior antes de que el público alcance a comprender el sentido de la representación. La intensidad sustituye a la continuidad y el movimiento termina confundido con el progreso.

Deleuze y Guattari advertían que las sociedades contemporáneas no sólo producen bienes o instituciones; también producen flujos, deseos y formas de percepción que reorganizan permanentemente la experiencia colectiva. Sin necesidad de aceptar todas sus tesis, resulta difícil no advertir la intuición que atraviesa su obra: el poder moderno ya no actúa únicamente mediante órdenes o prohibiciones, sino también administrando la circulación incesante de acontecimientos, símbolos y expectativas. Cuando esa lógica invade la esfera del gobierno, la política corre el riesgo de convertirse en una maquinaria que necesita producir movimiento incluso cuando ese movimiento ya no conduce a ninguna parte.

Tal vez ésta sea una de las imágenes más precisas para describir el momento colombiano. La cuestión ya no consiste únicamente en discutir si determinadas decisiones fueron acertadas o equivocadas. La cuestión consiste en preguntarse si el país no ha comenzado a acostumbrarse a una forma de gobierno donde la excepcionalidad deja de ser una circunstancia extraordinaria para convertirse en la condición habitual del ejercicio del poder. Y cuando la excepción se



vuelve cotidiana, la incertidumbre deja de ser un accidente de la política para transformarse en su forma ordinaria de funcionamiento.

III. CUANDO EL ESTADO COMIENZA A PARECERSE A UN ESCENARIO



Existe una diferencia que los clásicos de la teoría política daban por sentada y que las democracias contemporáneas parecen haber olvidado. Una cosa es ejercer el poder y otra muy distinta es representarlo. Gobernar exige administrar recursos, resolver conflictos, garantizar la continuidad de las instituciones y asumir el peso, casi siempre ingrato, de las decisiones. Representar el poder, en cambio, consiste en proyectar imágenes, construir relatos y mantener la atención pública. Mientras el primer ejercicio pertenece al ámbito de la administración del Estado, el segundo corresponde al universo de la comunicación política. El problema aparece cuando ambos comienzan a confundirse.

En las últimas décadas esa frontera se ha vuelto extraordinariamente frágil. La política ha dejado de desenvolverse únicamente en los despachos, los parlamentos o los tribunales para trasladarse a un escenario mucho más volátil: el de la comunicación permanente. Cada declaración, cada publicación en redes sociales y cada controversia se convierten en acontecimientos que compiten por dominar el espacio público. Poco a poco, la percepción empieza a adquirir un valor semejante al de

la propia gestión y, en ocasiones, termina sustituyéndola. La escena ocupa el lugar de la estructura.

No se trata únicamente de un cambio tecnológico. Se trata de una transformación mucho más profunda en la forma como el poder construye su legitimidad. Durante siglos, los gobiernos aspiraban a ser recordados por las obras que dejaban tras de sí. Hoy existe la tentación de medir su eficacia por la intensidad de la conversación que consiguen provocar. La consecuencia resulta paradójica: cuanto mayor es el volumen del debate público, más difícil se vuelve distinguir entre aquello que realmente modifica la vida de los ciudadanos y aquello que simplemente alimenta el ciclo incesante de la discusión política.



Michel Foucault observó que el poder nunca actúa exclusivamente mediante la fuerza; también organiza discursos, produce verdades y establece los marcos dentro de los cuales una sociedad interpreta la realidad. Deleuze y Guattari fueron aún más lejos al sugerir que el poder contemporáneo no sólo administra instituciones, sino también flujos de deseos, percepciones y significados. Sin necesidad de aceptar todas sus conclusiones, ambos coinciden en una intuición que resulta especialmente útil para comprender nuestro tiempo: las sociedades modernas son gobernadas tanto por aquello que ocurre como por la manera en que aprenden a percibir lo que ocurre.

Quizá esa reflexión permita entender una de las singularidades del momento colombiano. La discusión pública parece desplazarse con una velocidad tal que ningún acontecimiento alcanza a sedimentarse antes de ser reemplazado por el siguiente. La agenda nacional se reconstruye diariamente alrededor de nuevas controversias, mientras las preguntas esenciales —el crecimiento

económico, la seguridad jurídica, la fortaleza institucional, la calidad del gasto público o la capacidad administrativa del Estado— permanecen suspendidas bajo una sucesión interminable de episodios que capturan la atención colectiva. No es que esos problemas hayan desaparecido; simplemente han dejado de ocupar el centro del escenario.

La historia enseña que las repúblicas rara vez se debilitan de un solo golpe. Normalmente comienzan a desgastarse cuando el espectáculo termina absorbiendo la energía que debería estar destinada al funcionamiento silencioso de las instituciones. Después de todo, una democracia no se sostiene por la intensidad de sus discursos, sino por la eficacia casi invisible de aquellos mecanismos que permiten que el Estado continúe funcionando incluso cuando nadie habla de ellos. Tal vez esa sea la paradoja más profunda de nuestro tiempo: mientras la política hace cada vez más ruido, las instituciones necesitan cada vez más silencio para cumplir adecuadamente su misión.

IV. LA EXTRAÑA FASCINACIÓN POR EL VÉRTIGO



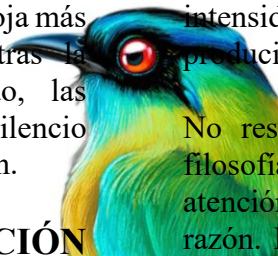
Quizá el rasgo más desconcertante de las democracias contemporáneas no sea la frecuencia de sus crisis, sino la facilidad con la que terminan acostumbrándose a ellas. Lo excepcional deja de sorprender; lo inestable comienza a parecer cotidiano. Poco a poco la ciudadanía desarrolla una capacidad extraordinaria para convivir con la incertidumbre hasta el punto de convertirla en parte del paisaje político. Aquello que en

otro momento habría provocado alarma termina siendo recibido con resignación, y lo que inicialmente parecía una anomalía acaba incorporándose a la rutina institucional como si siempre hubiera pertenecido a ella.

Ese fenómeno no puede explicarse únicamente desde la ciencia política. También pertenece al territorio de la psicología colectiva y de la cultura. Toda sociedad construye hábitos de percepción que terminan condicionando la forma en que interpreta la realidad. Cuando la confrontación permanente ocupa durante meses el centro de la conversación pública, la serenidad comienza a percibirse como una anomalía y el conflicto adquiere una apariencia de normalidad. La política deja entonces de ser evaluada por la calidad de sus resultados para comenzar a medirse por la intensidad emocional que es capaz de producir.

No resulta casual que buena parte de la filosofía contemporánea haya dirigido su atención hacia el deseo más que hacia la razón. Deleuze y Guattari sostenían que las sociedades no sólo obedecen normas; también producen deseos, expectativas e impulsos colectivos que terminan organizando la conducta política. Sin necesidad de compartir todas las implicaciones de su propuesta, la intuición conserva una notable vigencia: los pueblos pueden llegar a participar activamente en la reproducción de aquellas dinámicas que posteriormente denuncian. El poder no siempre necesita imponerse desde arriba; con frecuencia encuentra su mayor fortaleza cuando logra que la propia sociedad incorpore espontáneamente los mecanismos que garantizan su permanencia.

Quizá por eso el debate colombiano parece avanzar en una dirección paradójica. Mientras aumenta el cansancio frente a la



polarización, crece simultáneamente el consumo de los episodios que la alimentan. Cada controversia genera indignación, pero también atrae la atención de millones de ciudadanos que, casi sin advertirlo, contribuyen a prolongar el ciclo que dicen rechazar. La discusión pública termina funcionando como un inmenso mecanismo de retroalimentación donde el conflicto se convierte en el principal combustible de la conversación nacional. El sobresalto deja de ser una consecuencia del debate político para transformarse en su condición de existencia.

No deja de haber una fina ironía en todo ello. Las instituciones republicanas fueron concebidas precisamente para domesticar las pasiones que inevitablemente acompañan a la vida política. La división de poderes, los procedimientos administrativos, el control judicial y las reglas constitucionales no existen porque las sociedades sean armónicas, sino porque históricamente se comprendió que el entusiasmo colectivo, por legítimo que pudiera parecer, necesitaba ser contenido por estructuras capaces de sobrevivir a los impulsos del momento. Cuando esas estructuras comienzan a ceder ante la lógica del acontecimiento permanente, la política recupera un carácter casi teatral, dominado por emociones inmediatas mucho más que por decisiones duraderas.

Tal vez esa sea la enseñanza más incómoda de nuestro tiempo. Las democracias no se debilitan únicamente por la ambición de quienes ejercen el poder. También pueden erosionarse cuando los propios ciudadanos terminan confundiendo la intensidad del espectáculo con la eficacia del gobierno y la permanente agitación con la verdadera transformación institucional. En ese instante el desconcierto deja de ser responsabilidad exclusiva de quienes gobiernan. Comienza a convertirse, silenciosamente, en una forma

compartida de comprender la política, y acaso esa sea la condición más difícil de revertir porque ya no pertenece a un gobierno determinado, sino a la cultura política de toda una sociedad.

V. CUANDO LAS INSTITUCIONES APRENDEN A VIVIR EN LA INCERTIDUMBRE



Existe una característica común a todas las grandes repúblicas que han conseguido sobrevivir a las crisis políticas de su tiempo. Ninguna dependió exclusivamente de la prudencia de sus gobernantes. Su verdadera fortaleza residió en la capacidad de las instituciones para mantener la continuidad del Estado incluso cuando quienes ocupaban transitoriamente el poder se equivocaban. Esa fue, quizá, la mayor invención de la modernidad política: comprender que la estabilidad de una nación no podía descansar sobre las virtudes personales de un líder, sino sobre la existencia de reglas capaces de limitarlo, corregirlo e incluso resistirlo.

La fortaleza institucional, sin embargo, no constituye una realidad inmutable. También puede erosionarse lentamente cuando la incertidumbre deja de ser un episodio excepcional y comienza a convertirse en el ambiente habitual dentro del cual actúan los organismos del Estado. Los funcionarios aprenden a esperar instrucciones que cambian constantemente; las agencias públicas desarrollan una creciente cautela

frente a decisiones que podrían ser modificadas al día siguiente; los operadores económicos aplazan inversiones mientras intentan anticipar el rumbo de las políticas públicas; y los propios ciudadanos terminan ajustando su conducta a la expectativa de que las reglas quizá no permanezcan suficientemente estables como para planificar el futuro con confianza. La incertidumbre deja entonces de ser un problema político para convertirse en un problema institucional.

Max Weber advertía que la autoridad racional-legal constituye uno de los pilares fundamentales del Estado moderno precisamente porque permite que las decisiones públicas sean previsibles. No se trata de eliminar el conflicto —algo imposible en cualquier democracia— sino de garantizar que incluso el conflicto se desarrolle dentro de procedimientos conocidos y relativamente estables. Cuando esa previsibilidad comienza a debilitarse, el ejercicio del poder adquiere un componente crecientemente personalista. Las instituciones dejan de ser percibidas como el verdadero centro de gravedad del sistema político y la atención pública se desplaza hacia las decisiones, declaraciones o iniciativas de quienes circunstancialmente ocupan el gobierno. Poco a poco, la personalidad amenaza con eclipsar a la institucionalidad.

Hannah Arendt comprendió con extraordinaria claridad que el poder político sólo puede conservar legitimidad cuando permanece anclado en un mundo común de reglas compartidas. Allí donde las normas dejan de ofrecer un horizonte de referencia relativamente estable, el espacio público comienza a fragmentarse en múltiples interpretaciones incompatibles entre sí. Cada sector desarrolla su propia versión de los hechos, su propia narrativa sobre la legalidad

y su propia comprensión del interés nacional. Lo que inicialmente aparece como una simple polarización política termina convirtiéndose en una crisis de confianza respecto de la existencia misma de un marco institucional común.

Quizá sea precisamente ésa una de las señales más preocupantes de la Colombia contemporánea. La discusión pública ya no gira exclusivamente alrededor de las políticas del gobierno, sino alrededor de la propia capacidad de las instituciones para procesar los desacuerdos sin poner en cuestión su legitimidad. La controversia deja de concentrarse en las decisiones y comienza a extenderse hacia los procedimientos; más tarde alcanza a los organismos encargados de aplicarlos y, finalmente, termina afectando la confianza ciudadana en el conjunto del sistema. La sospecha sustituye gradualmente a la certeza institucional, y esa transformación resulta mucho más profunda que cualquier disputa coyuntural.

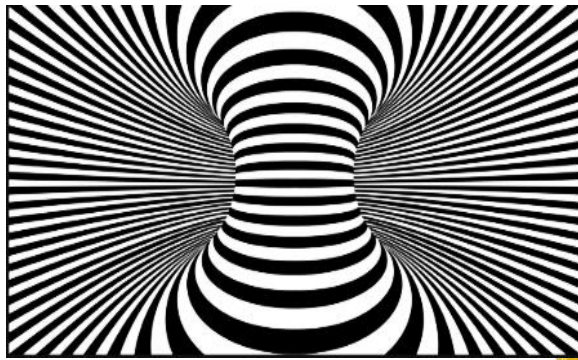
Alexis de Tocqueville observó que las democracias no se preservan únicamente gracias a sus constituciones. Necesitan, además, una cultura política que enseñe a distinguir entre la crítica legítima al gobierno y el debilitamiento de las instituciones que hacen posible la propia democracia. Esa diferencia, aparentemente sutil, constituye una de las condiciones esenciales para la supervivencia de una república. Criticar a quienes gobiernan forma parte de la libertad; erosionar sistemáticamente la confianza en las reglas comunes puede terminar debilitando el escenario mismo dentro del cual esa libertad puede ejercerse.

Por esa razón, la cuestión fundamental ya no consiste en determinar si un gobierno ha cometido errores —ninguno está exento de ellos—, sino en preguntarse si la incertidumbre ha comenzado a alterar la



arquitectura invisible que sostiene al Estado. Porque las instituciones rara vez colapsan de manera repentina. Mucho antes de que una crisis constitucional se haga evidente, suele producirse un deterioro silencioso de la confianza, de la previsibilidad y de la autoridad normativa. Es ese desgaste gradual, casi imperceptible para quienes viven inmersos en la coyuntura, el que la historia identifica una y otra vez como el verdadero preludio de las grandes crisis republicanas.

VI. LA LENTA NORMALIZACIÓN DE LO EXCEPCIONAL



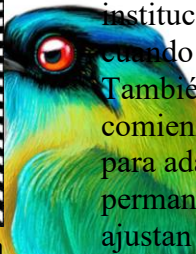
Una de las mayores lecciones que ofrece la historia política consiste en recordar que las democracias rara vez desaparecen de manera súbita. La imaginación colectiva suele asociar su caída con golpes de Estado, revoluciones o episodios espectaculares de violencia institucional. Sin embargo, los procesos históricos acostumbran a desarrollarse de una forma mucho más discreta. Antes de producirse la ruptura visible suele existir un largo período durante el cual la excepcionalidad comienza a infiltrarse silenciosamente en la vida pública hasta adquirir la apariencia de una práctica normal. Lo extraordinario deja de percibirse como una excepción y termina integrándose al funcionamiento cotidiano del Estado.

Ese desplazamiento constituye uno de los fenómenos más difíciles de advertir

precisamente porque ocurre de manera gradual. Ninguna sociedad despierta una mañana descubriendo que ha modificado por completo su cultura política. El cambio se produce mediante pequeñas adaptaciones, justificaciones sucesivas y concesiones aparentemente menores que, observadas de forma aislada, parecen incapaces de alterar el equilibrio institucional. Sólo cuando transcurre el tiempo resulta posible comprender que aquellas modificaciones dispersas terminaron configurando una realidad completamente distinta de la que existía pocos años atrás. La historia posee, entre otras virtudes, la capacidad de revelar la unidad de procesos que para sus contemporáneos aparecían como acontecimientos inconexos.

La experiencia comparada demuestra que las instituciones no se debilitan únicamente cuando son atacadas desde el exterior. También pueden erosionarse cuando comienzan a modificar su comportamiento para adaptarse a un entorno de incertidumbre permanente. Los organismos de control ajustan sus ritmos de actuación; las autoridades administrativas multiplican las precauciones; los jueces enfrentan una presión creciente para resolver controversias que antes pertenecían al ámbito político; los funcionarios desarrollan una cultura de provisionalidad y los ciudadanos terminan acostumbrándose a que las reglas puedan cambiar con una frecuencia cada vez mayor. Ninguno de esos fenómenos constituye, por sí mismo, una ruptura constitucional. Sin embargo, todos alteran lentamente la forma en que el Estado se relaciona consigo mismo y con la sociedad.

No es casual que los grandes pensadores de la democracia hayan insistido tanto en el valor de la estabilidad institucional. No porque consideraran deseable la inmovilidad, sino porque comprendían que toda



transformación duradera requiere un marco de reglas capaz de absorber el conflicto sin destruir la confianza pública. La política democrática fue concebida precisamente para administrar desacuerdos profundos sin convertir cada diferencia en una crisis del sistema. Cuando toda controversia adquiere dimensiones existenciales, el espacio para los acuerdos se reduce progresivamente y la confrontación comienza a ocupar el lugar que antes correspondía a la deliberación.

En ese contexto, la incertidumbre deja de ser únicamente un problema administrativo para convertirse en un fenómeno cultural. La sociedad aprende a vivir pendiente del próximo anuncio, de la siguiente confrontación o de la nueva controversia que inevitablemente desplazará a la anterior. La agenda pública se acelera hasta tal punto que el presente parece devorar constantemente al pasado y no deja espacio suficiente para proyectar el futuro. Paradójicamente, cuanto más intensa se vuelve la discusión política, más difícil resulta sostener un debate sereno acerca de los problemas estructurales que condicionarán el destino del país durante las próximas décadas.

Quizá ahí resida el mayor riesgo para cualquier república. No en la existencia de gobiernos fuertes o débiles, populares o impopulares, sino en la posibilidad de que la excepcionalidad termine convirtiéndose en el lenguaje ordinario del poder. Cuando una sociedad comienza a considerar natural aquello que históricamente fue concebido como extraordinario, las categorías con las que interpreta su propia realidad también empiezan a transformarse. Entonces el verdadero cambio ya no ocurre en los discursos oficiales ni en las decisiones gubernamentales; ocurre en la conciencia colectiva de los ciudadanos, que poco a poco modifican sus expectativas sobre lo que significa vivir bajo un Estado de derecho.

Vista desde esa perspectiva, la coyuntura colombiana adquiere un significado que trasciende a cualquier administración en particular. La pregunta decisiva no consiste en determinar quién tiene la razón en cada controversia diaria. La cuestión verdaderamente importante es otra:

¿estamos asistiendo a una etapa transitoria de alta conflictividad política, propia de toda democracia viva, o estamos normalizando una forma de ejercer el poder donde la incertidumbre deja de ser la excepción para convertirse en la regla?

De la respuesta que las instituciones y la ciudadanía sean capaces de construir dependerá no sólo la estabilidad del presente, sino la calidad de la democracia que heredarán las generaciones futuras.

VII. LA REPÚBLICA DESPUÉS DEL RUIDO



Toda generación tiene la tentación de creer que está viviendo el momento más decisivo de la historia. La inmediatez de los acontecimientos produce la ilusión de que cada controversia marcará definitivamente el destino de una nación. Sin embargo, la historia enseña una lección mucho más sobria. Los países no son recordados por el número de debates que protagonizaron sus dirigentes, sino por la capacidad de sus instituciones para atravesar esos debates sin

perder su continuidad. Lo que permanece no suele ser el ruido de la coyuntura, sino la fortaleza —o la fragilidad— de las estructuras que lograron sobrevivir a ella.

Esa perspectiva obliga a contemplar el presente colombiano con una prudencia que la propia velocidad de los acontecimientos parece impedir. Resulta legítimo discrepar de un gobierno, cuestionar sus políticas, criticar sus decisiones o respaldar su programa político. Todo ello forma parte de la esencia de una democracia abierta. Lo que merece una reflexión más profunda es otra cuestión: la necesidad de preservar la diferencia entre las disputas propias del ejercicio del poder y la estabilidad institucional sobre la cual descansa la existencia misma de la República. Cuando ambas dimensiones comienzan a confundirse, el debate político corre el riesgo de consumir el escenario que hace posible su propia existencia.

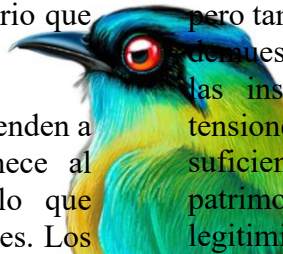
Las repúblicas sobreviven porque aprenden a distinguir entre aquello que pertenece al tiempo de los gobiernos y aquello que pertenece al tiempo de las instituciones. Los primeros son necesariamente transitorios; las segundas fueron concebidas para trascenderlos. Ninguna administración, por influyente que sea, puede reclamar para sí la representación completa del Estado. Tampoco ninguna oposición debería olvidar que el debilitamiento sistemático de las instituciones termina afectando, tarde o temprano, a quienes algún día ocuparán el poder. La arquitectura constitucional no fue diseñada para proteger a un gobierno determinado; fue concebida para proteger a la nación frente a la volatilidad inevitable de todos los gobiernos.

Quizá por esa razón las democracias más sólidas no son aquellas donde desaparece el conflicto, sino aquellas donde el conflicto acepta límites que ninguna mayoría

circunstancial ni ninguna minoría inconforme consideran legítimo traspasar. La Constitución, los jueces, los organismos de control, el Congreso, la administración pública y la prensa cumplen funciones distintas precisamente porque una república madura desconfía de la concentración del poder y entiende que la estabilidad institucional constituye una garantía para todos, incluso para quienes circunstancialmente se sienten favorecidos por el resultado de una confrontación política.

Colombia ha atravesado, a lo largo de su historia republicana, guerras civiles, estados de sitio, violencias partidistas, profundas crisis económicas y complejos procesos de transformación social. Ninguna de esas experiencias autoriza el pesimismo histórico, pero tampoco permite la indiferencia. Si algo de nuestra nuestra trayectoria nacional es que las instituciones pueden resistir enormes tensiones cuando conservan la legitimidad suficiente para ser reconocidas como patrimonio común de la sociedad. Esa legitimidad, sin embargo, no es un recurso inagotable. Se fortalece mediante el respeto cotidiano por las reglas, por la moderación en el ejercicio del poder y por la convicción compartida de que ninguna coyuntura, por intensa que parezca, justifica sacrificar los principios sobre los cuales descansa el orden constitucional.

Al final, quizá la pregunta más importante no sea qué recordará la historia sobre este gobierno o sobre sus contradictores. La verdadera pregunta será qué hizo la República mientras el ruido ocupaba el centro del escenario. Porque los historiadores sabemos que las épocas no terminan definiéndose por la estridencia de sus discursos, sino por las decisiones silenciosas que, casi inadvertidamente, modifican el rumbo de las instituciones. Cuando las

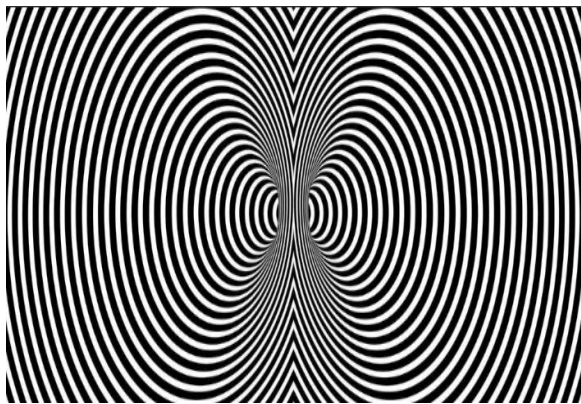


pasiones de la coyuntura finalmente se disipen, será ese legado —y no la intensidad de las controversias— el que permitirá juzgar si Colombia atravesó simplemente otro episodio de confrontación democrática o si, sin advertirlo plenamente, asistió a una transformación más profunda de su cultura política.

Y acaso sea ésta la responsabilidad más exigente que recae sobre toda generación: comprender que la democracia no se defiende únicamente en las grandes crisis, sino también en los días ordinarios, cuando el respeto por las instituciones parece menos heroico que el entusiasmo de las consignas. Las repúblicas no suelen desaparecer de un día para otro. Con mayor frecuencia se preservan —o se pierden— mediante pequeñas decisiones acumuladas que, con el paso del tiempo, terminan convirtiéndose en la verdadera *Geología del Poder*® sobre la cual descansa la historia de una nación.



VIII. LA MÁSCARA, EL DESEO Y LA REPÚBLICA



Existe un momento particularmente desgarrador en el libro *Indigno de ser humano*, de Osamu Dazai. Yozo Oba, el protagonista de la novela, descubre que ha pasado buena parte de su vida representando un personaje para ocultar su incapacidad de

establecer una relación auténtica con el mundo. Sonríe cuando siente miedo; hace reír cuando experimenta angustia; interpreta un papel distinto frente a cada persona con la esperanza de no ser descubierto. Poco a poco, esa sucesión de máscaras termina produciendo una consecuencia devastadora: llega un instante en que el personaje sobrevive al hombre y la representación termina sustituyendo a la identidad. La tragedia de Yozo no consiste únicamente en su sufrimiento, sino en haber perdido la posibilidad de distinguir entre aquello que realmente es y aquello que aprendió a representar.

Sería, desde luego, un despropósito trasladar literalmente esa tragedia individual al funcionamiento de un Estado. Pero la literatura posee una virtud que pocas disciplinas comparten: permite iluminar aspectos de la vida política que las categorías jurídicas o administrativas apenas alcanzan a describir. Algunas sociedades parecen atravesar momentos en los que el ejercicio del poder comienza a privilegiar la construcción de relatos, símbolos y gestos públicos sobre la paciente tarea de fortalecer las instituciones. No porque la comunicación sea irrelevante —ningún gobierno democrático puede prescindir de ella—, sino porque existe un punto en el cual la representación amenaza con ocupar el lugar reservado a la acción. Cuando esa frontera comienza a desdibujarse, la política corre el riesgo de convertirse en un escenario donde la intensidad del espectáculo resulta más visible que la eficacia silenciosa de la administración.

Esa intuición adquiere una profundidad distinta cuando se la contempla desde el libro *El Anti-Edipo*. Deleuze y Guattari invitan a abandonar la idea de que las sociedades funcionan únicamente mediante leyes, prohibiciones o estructuras de autoridad. Su

propuesta es más radical: toda organización social produce flujos de deseo, orienta expectativas, modela imaginarios y construye formas de participación que terminan reproduciendo el propio sistema. El poder no se limita a ordenar; también fabrica las condiciones simbólicas para que determinados comportamientos parezcan naturales, inevitables o incluso deseables. Las sociedades, por tanto, no sólo obedecen al poder; participan activamente en su producción y en su reproducción.

Vista desde esa perspectiva, la polarización permanente deja de ser únicamente una estrategia de comunicación política para convertirse en una auténtica máquina social. Cada controversia alimenta la siguiente; cada indignación genera nuevas reacciones; cada episodio produce un caudal incesante de interpretaciones que mantienen en movimiento el mecanismo completo. La discusión pública ya no necesita alcanzar una conclusión porque su verdadera función consiste en no detenerse nunca. El sistema encuentra su energía precisamente en la circulación continua del conflicto. La confrontación deja de ser un accidente de la política para transformarse en uno de los dispositivos mediante los cuales la propia política asegura su permanencia.

Tal vez ahí resida una de las aportaciones más provocadoras de Deleuze y Guattari. El poder no siempre domina porque reprime; con frecuencia perdura porque consigue que la sociedad desee aquello mismo que la mantiene atrapada. El ciudadano consume diariamente las controversias que afirma rechazar, comparte los enfrentamientos que denuncia, multiplica las narrativas que dice combatir y termina participando, casi sin advertirlo, en el funcionamiento de la maquinaria que alimenta su propio cansancio. La atención colectiva se convierte así en un recurso político de enorme valor, y

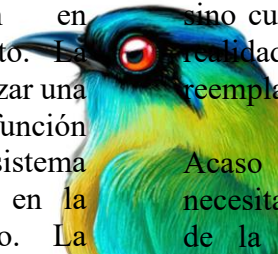
la velocidad con la que circulan las emociones públicas pasa a ser tan importante como las decisiones administrativas que deberían ocupar el centro de la vida institucional.

Quizá esa convergencia entre los escritores Dazai y Deleuze permita comprender mejor el desafío que enfrenta cualquier república contemporánea. La primera nos recuerda que una existencia construida exclusivamente sobre máscaras termina perdiendo contacto con su propia identidad. El segundo nos advierte que las sociedades pueden producir deseos capaces de sostener las estructuras que ellas mismas cuestionan. Ambas intuiciones, surgidas de contextos completamente distintos, convergen en una misma advertencia: la crisis más profunda no comienza cuando aparecen los conflictos, sino cuando la representación sustituye a la realidad y el movimiento permanente reemplaza al juicio sereno.

Acaso sea esa la reflexión que Colombia necesita plantearse más allá de las pasiones de la coyuntura. Las repúblicas no se fortalecen por la intensidad de sus discursos ni por la espectacularidad de sus confrontaciones. Se fortalecen cuando la ciudadanía conserva la capacidad de distinguir entre el acontecimiento y la institución, entre la emoción y la deliberación, entre la máscara y el rostro. Sólo entonces el poder deja de ser una sucesión interminable de escenas para volver a convertirse en aquello que siempre debió ser: el instrumento mediante el cual una sociedad organiza, con prudencia y responsabilidad, su destino común.

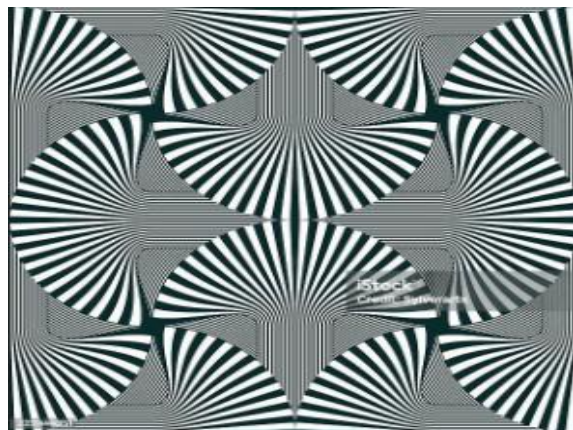
Para seguir pensando

"Los gobiernos escriben la crónica de una época; las instituciones escriben la historia de una nación. Cuando la primera pretende sustituir a la segunda, el ruido comienza a confundirse con el destino."



BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (1967). *Sobre la revolución* (P. Bravo, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1963).
- Arendt, H. (2005). *Sobre la violencia* (G. Solana, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1970).
- Dazai, O. (2010). *Indigno de ser humano* (J. A. Santos, Trad.). Sajalín Editores. (Obra original publicada en 1948).
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1985). *El Anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia* (F. Monge, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1972).
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (A. Garzón del Camino, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1975).
- Judt, T. (2011). *Algo va mal* (B. Urrutia, Trad.). Taurus. (Obra original publicada en 2010).
- Tocqueville, A. de. (2010). *La democracia en América* (E. Nolla, Ed.). Trotta. (Obra original publicada entre 1835 y 1840).
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva* (J. Medina Echavarría et al., Trans.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1922).
- Aron, R. (2004). *Democracia y totalitarismo*. Página Indómita.
- Berlin, I. (2004). *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Alianza Editorial.
- Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets Editores.
- Lefort, C. (2004). *La incertidumbre democrática: Ensayos sobre lo político*. Anthropos Editorial.
- Orwell, G. (2013). *1984*. Debolsillo.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.



- *** **Fabio A. Marulanda V.** es historiador, abogado y traductor colombiano. Es egresado de Historia de la Universidad Nacional de Colombia (UNAL), abogado de la Universidad Autónoma Latinoamericana (UNALA) y traductor de la Universidad de Antioquia (UdeA). Actualmente adelanta estudios de Maestría en Derecho Penal Internacional y Transnacional en la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), España.



Su trayectoria profesional ha estado orientada al estudio de la historia, la teoría del poder, el derecho y la defensa de los derechos humanos, con especial dedicación al análisis de los procesos políticos contemporáneos, el nacionalismo, la geopolítica y el derecho migratorio. Ha ejercido como docente universitario, investigador y traductor, combinando el rigor académico con una permanente reflexión sobre las relaciones entre historia, Estado y sociedad. Es autor de diversas obras, entre ellas:

- *Michel Foucault: Interconexiones de Poder y de Conocimiento,*
- *IPA – Alfabeto Fonético Internacional. Pronunciación Perfecta,*

- *Un Cálido Viento Patriótico: Manifestaciones del Nacionalismo en Corea,*
- *El Corazón Dividido de Asia: Nacionalismo y Poder en Corea.*

Actualmente desarrolla su proyecto de investigación **Geología del Poder®**, una propuesta interdisciplinaria destinada a comprender las estructuras históricas, culturales y simbólicas que configuran el ejercicio del poder en las sociedades contemporáneas.

Su trabajo se caracteriza por integrar historia, filosofía política y análisis jurídico en una perspectiva que busca explicar no sólo los acontecimientos, sino las capas profundas que los hacen posibles. Escribe convencido de que comprender el pasado constituye una condición indispensable para interpretar el presente y construir instituciones más sólidas para el futuro.

